

DP 66

L 3

v. 3



63978

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

—•••••—

PARTE SEGUNDA.

EDAD MEDIA.

LIBRO I.

CAPITULO I.

CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ARABES.

De 711 á 713.

La Arabia.—Su clima.—Vida, costumbres, religion de los primitivos árabes.—Nacimiento, educacion y predicacion de Mahoma.—El Koran.—La Meca; Medina; la Hegira.—Contrariedades y progresos del islamismo.—Muerte de Mahoma.—Sus discipulos y sucesores.—Abubekr.—Conquistas de los musulmanes.—La Siria, la Persia, el Egipto, el Africa.—Guerras con los herberiscos: son estos vencidos y se hacen mahometanos.—Muza, gobernador de Africa.—Pasan los árabes y moros á España.—Sucesos que siguieron á la batalla de Guadalete.—Venida de Muza.—Desavenencias entre Muza y Tarik.—Se posesionan de toda la península.—Teodomiro y Abdelaziz.—Capitulacion de Orihuela.—Muza y Tarik son llamados por el califa á Damasco.—Castigo de Muza.—Conducta de los primeros conquistadores y carácter de la conquista.

¿De dónde procedian estos nuevos conquistadores que invadieron nuestra España, y por qué encadenamiento de sucesos han venido esas gentes á plantar

los pendones de una nueva religion en las cúpulas de los templos cristianos españoles? ¿Qué causa los movió á dejar los campos del Yemen, y quién fué ese hombre ó ese genio prodigioso á quien invocan por profeta?

Hay allá en el Asia una vasta península que circunda el mar Rojo y el Océano Indico, entre la Persia, la Etiopía, la Siria y el Egipto: pais en que se reunen, mas aun que en España, todos los climas; donde hay comarcas en que la lluvia del cielo está empapando los campos seis meses del año seguidos, y otra en que por años enteros suple á la falta de lluvia un ligerísimo rocío: heladas eminencias, y planicies abrasadas por un sol de fuego: vastísimos desiertos é inmensos arenales sin agua y sin vegetacion, donde se tiene por dichoso el viajero que al cabo de algunas jornadas encuentra una palma á cuya sombra se guarece de los ardientes rayos de aquel sol esterilizador; si antes no ha perecido ahogado en un remolino de arena, ó caido en manos de alguna tribu de beduinos, únicos que de aquellos inmensurables yermos han podido hacer una patria movible; y tambien risueñas campiñas, fertilísimos valles, frondosos y amenos bosques, verdes y abundosos prados, regados por mil arroyos de cristalinas aguas, donde estuvo, dicen, el Eden, el paraiso terrenal criado por Dios para cuna del primer hombre. Este pais tan diversamente variado es la Arabia, que Tolomeo y los anti-

guos geógrafos dividieron en Desierta, Petrea y Feliz.

Preciábanse las árabes de descender de la tribu de Jectán, cuarto nieto de Sem, hijo de Noé, y tambien de Ismael, hijo de Abraham y de Agar, y de aqui los nombres de *Agarenos* y de *Ismaelitas*. Los habitantes del Yemen ó Arabia Feliz, y de una parte del desierto, ó labraban sus campos, ó comerciaban con las Indias Orientales, la Persia, la Siria y la Abisinia. Pero los mas hacian una vida nómada, vagando en grupos de familias con sus rebaños y plantando sus móviles tiendas alli donde encontraban agua y pastos para sus ganados. Teniendo que ser á un tiempo pastores y guerreros, ejercitábanse y se adiestraban desde jóvenes en el manejo de las armas y del caballo para defender su riqueza pecuaria. Especie de campeones rústicos, los fuertes hacian profesion de defender á los débiles, y montados en caballos ligeros como el viento protegian las familias y sostenian su agreste libertad y ruda independendencia contra toda clase de enemigos. Asi resistieron á los mas poderosos reyes de Babilonia y de Asiria, del Egipto y de la Persia. Vencidos una vez por Alejandro, pronto bajo sus sucesores recobraron su independendencia antigua. Aunque los romanos estendieron sus dominios hasta las regiones septentrionales de la Arabia, nunca fué esta una provincia de Roma. Defendida lá Arabia Feliz por los abrasados arenales de la Desierta, cuando ejércitos

extrangeros amenazaban su libertad como en tiempo de Augusto, aquellas tribus errantes aparejaban sus camellos, recogian sus tiendas, cegaban los pozos, se internaban en el desierto, y los invasores, hallándose sin agua y sin víveres, tenian que retroceder si no habian de sucumbir ahogados entre nubes de menuda y ardiente arena y sofocados por la sed sin poder dar alcance á aquellos ligeros y fugitivos hijos del desierto.

Asi se defendió por miles de años esta nacion belicosa protegida por los desiertos y los mares, y como aislada del resto del mundo. Pero divididas entre sí sus mismas tribus, no se libertaron de sostener sangrientas guerras intestinas, de que fué principal teatro la Arabia central, y cuyas hazañas suministraron materia á multitud de poesías y cantos nacionales, á que tanto se presta el genio de Oriente.

En los tiempos de su ignorancia, como ellos los llamaban despues, aquellas tribus acampadas en las llanuras adoraban los astros que les servian de guia en el desierto. Cada tribu daba culto á una constelacion, y cada estrella y cada planeta era objeto de una veneracion particular. Mas desde los primeros tiempos del cristianismo la religion cristiana habia hecho tambien prosélitos en la Arabia. Cuando los hereges fueron desterrados del imperio de Oriente, refugiáronse muchos en aquella península, especialmente monophistas y nestorianos. Acogiéronse alli igualmente

despues de la destruccion de Jerusalem muchos judíos, y el último rey de la raza homeirita se habia convertido al judaismo, lo cual le costó perder la corona y la vida en una batalla. Con esto y con distinguirse los árabes, en árabes primitivos, árabes de la pura raza de Jectan, y árabes mixtos ó descendientes de la posteridad de Ismael, hallábase el pais dividido en una confusa multitud de sectas y de cultos, cuando nació Mahoma en la Meca, ciudad de un canton de la Arabia Feliz, hácia el año 670 de Jesucristo.

Pertenecia la Meca á la tribu de los Coraixitas, que se suponian descendientes en línea recta de Ismael, hijo de Abraham. Gobernábanse por una especie de magistrados nombrados por ellos mismos, que eran al propio tiempo los sacerdotes y guardianes del templo de la Caabah, que decian construido por el mismo Abraham. A los dos años de su nacimiento quedó Mahoma huérfano de su padre Abdallah, el hombre mas virtuoso de su tribu. A poco tiempo le siguió al sepulcro su esposa Amina, que dejó á Mahoma por toda herencia cinco camellos y una esclava etiopia. El huérfano fué confiado á una nodriza, hasta que le recogió su tio Abutaleb, que hizo con él veces de padre, y le dedicó al comercio, llevándole consigo á todos los mercados. Púsole despues en clase de mancebo en casa de Cádija, viuda de un opulento mercader, que preñada del ingenio, de la gracia, de la elocuencia y del noble continente del jóven, le ofre-

ció su fortuna y su mano. Tenia entonces Mahoma 25 años, y la que se hizo su esposa 40, y á pesar de la diferencia de edad no quiso Mahoma, dicen los árabes, en todo el tiempo que vivió con ella usar de la ley que le permitia tener otras mugeres. Dueño ya de una inmensa fortuna, prosiguió algunos años dedicado á la vida mercantil, corriendo las ferias de Bostra, de Damasco, y de otros pueblos aun mas lejanos, al frente de sus criados y sus camellos.

No era esta, sin embargo, la ocupacion á que Mahoma se sentia llamado. Otros y mas elevados eran sus pensamientos. Por espacio de quince años, al regreso de cada viage, y despues de reposar en los brazos de Cádija, retirábase á una gruta del monte Ara á entregarse á sus silenciosas meditaciones. Allí fué donde se le apareció (al decir suyo) una noche el ángel Gabriel con un libro en la mano: «Mahoma, le dijo, tú eres el apóstol de Dios, y yo soy Gabriel.» Su libro estaba hecho: Mahoma comenzaba su mision: de allí salió proclamándose el *Profeta*, el *Enviado de Dios*. «No hay mas Dios que Dios,» decia, y *Mahoma es su Profeta*. Hé aqui su gran principio. Daba á su nueva religion el nombre de *islamismo*, *consagracion á Dios*, Proponíase acabar con la anarquía religiosa que reinaba en la Arabia, y principalmente con la idolatría, que habia llegado al mayor grado de desconcierto. En solo el templo de la Caabah se adoraba á mas de trescientos ídolos, representados muchos de

ellos en ridículas figuras de tigres, de perros, de culebras, de lagartos y de otros animales inmundos, á los cuales se sacrificaban hombres y niños, y bajo este concepto la religion de Mahoma que predicaba la unidad de Dios era un verdadero progreso.

Escaso fué no obstante el número de prosélitos que en los primeros años logró hacer Mahoma. Fueron estos su muger Cádija, Alí, á quien dió en matrimonio á Fátima su hija, Abubekr, con cuya hija se casó él cuando murió Cádija, Omar, Zaid y algunos otros. Cuando ya contó con adeptos entusiastas que le ayudáran en la obra de su mision, comenzó á hacer lectura pública de su libro, *Koran*, ó *Al-Koran*, que significa la lectura. Mas aunque tenia ya su libro acabado, ni le leía ni le revelaba todo de una vez, sino por páginas sueltas y gradualmente segun las escribia y entregaba el ángel Gabriel, recitando en las plazas públicas con aire y voz de hombre inspirado los versos mas maravillosos de su *Coran*, los mas á propósito para herir las ardientes imaginaciones orientales, aquellos en que prometia á los buenos y justos la posesion de un paraiso de delicias, de una mansion de deleites, embalsamada de suavísimos aromas y perfumes, donde descansarían en los purísimos senos de hermosísimas hurfes que los embriagarian de placer. Pero al paso que con tan seductora doctrina halagaba la sensualidad de aquellas gentes y ganaba secuaces, escitaba mas los celos de los Co-

raixitas, sacerdotes del templo de la Meca, que no podían consentir una predicación que daba al traste con su influjo y sus riquezas. Conjuráronse contra tan peligroso innovador, y pusieron de acuerdo para asesinarle una noche. Fué avisado de ello Mahoma, y burló á los conspiradores fugándose con su discípulo y amigo Abubekr, con el cual llegó felizmente á *Yatreb*, llamada desde entonces *Medinath-at-Nabi*, ciudad del Profeta, y despues por excelencia *Medina* (la ciudad). Esta huida memorable fué la que sirvió de cómputo para la cronología de los árabes. Llámase *hegira*, que significa *huida* ⁽¹⁾.

Tenia entonces Mahoma 54 años, y era el décimo cuarto de su apostolado. Contaba en Medina con partidarios numerosos, y la antigua rivalidad entre Medina y la Meca favoreció los designios del gran refor-

(1) La hegira comienza en el primer día de moharren, primer mes del año árabe, que corresponde al 16 de julio de 622 de J. C. Aunque la fuga de Mahoma se verificó el 8 de rabie primera de este año, y su llegada á Medina fué el 16 del mismo mes, los árabes comenzaron á contar su era desde el primer día del año en que tuvo lugar la huida, no del día mismo en que se realizó. Para buscar la relación entre los años árabes y los cristianos, hay que comparar los dos calendarios, comenzando á contar el primero de los árabes por el 16 de julio de 622 de Cristo, teniendo presente que el año árabe no es solar como el cristiano, sino lunar de 354

días, 8 horas y minutos, y que la diferencia de diez ú once días en un año, viene á ser considerable á la vuelta de un siglo, puesto que 97 años solares equivalen casi á 400 lunares. Estas diferencias, no bien conocidas de nuestros antiguos cronistas, dieron ocasión á muchas equivocaciones cronológicas, que han ido desapareciendo desde que se fijaron con la posible exactitud las correspondencias. Hoy tenemos ya tablas bastante minuciosas y exactas.

La huida de Mahoma de la Meca su patria, es una buena confirmación del proverbio del Evangelio: *Nemo es propheta in patria sua: Nadie es profeta en su patria.*

mador. Uniéronsele allí muchas familias principales, y los emires ó gefes de las mas poderosas tribus. La espada de Dios vino luego en ayuda del Profeta, como decían sus sectarios, y en pocos años logró señalados triunfos contra sus perseguidores los Coraixitas, contra los incrédulos, los idólatras y los judíos. Fuerte y poderoso, púsose á la cabeza de sus fieles, que le siguieron entusiasmados, y acometió la Meca; rindió á los Coraixitas, se apoderó de la ciudad, abatió los ídolos del templo, le purificó y consagró al verdadero culto que él decia. Mahoma fué proclamado sobre la colina de Al-Safah primer gefe y soberano pontífice de los islamitas. Rendida la Meca, todas las tribus de la Arabia se agruparon en derredor de sus estandartes, todas las kabilas se fueron inclinando ante el Coran, y la Persia y la Siria se veían amenazadas del proselitismo. Volvió Mahoma á Medina, y entonces fué cuando dispuso la famosa peregrinación á la Meca. Ochenta mil peregrinos le siguieron en aquella célebre expedición: él ejecutó escrupulosamente todas las ceremonias del Coran: dió siete vueltas alrededor del templo de Caabah, besó el ángulo de la misteriosa piedra negra, inmoló sesenta y tres víctimas, tantas como eran los años de su edad, y se rasuró la cabeza: Khaled recogió sus cabellos, á los cuales atribuyó sus victorias posteriores. Hecho todo esto, regresó á Medina, y ya se disponía á llevar la guerra santa á la Siria y la Persia, cuando le arrebató la

muerte hallándose en la casa de su amada Aiesha ⁽¹⁾.

¿Quién había de sospechar entonces que la naciente religion de Mahoma había de propagarse por la mitad del globo, y que había de venir no tardando á

(1) Los árabes en su fanatismo religioso han llenado de relaciones maravillosas y hasta de anécdotas absurdas toda la vida de Mahoma. Según ellos, á su nacimiento se derramó por el horizonte un resplandor inusitado: el lago de Sawa se secó de repente, y el fuego sagrado de los persas, conservado mil años hacia, se apagó por sí mismo. Cuando Abraham é Israel edificaron el templo de la Meca, un ángel les llevó un jacinto blanco, que con el tiempo se petrificó: un día le tocó con su mano una muger adúltera, y la piedra mudó de color y se hizo negra. Tocóle á Mahoma enterrar en el templo esta piedra misteriosa, signo de la nueva religion que iba á fundar. Las apariciones del ángel Gabriel fueron frecuentes: él fué quien le enseñó á leer y escribir, el que le infundió la ciencia y le nombró apóstol de Dios, el que le inspiró el Coran. Un día, durmiendo Mahoma en el monte Merva, el ángel Gabriel le despertó con un soplo. A su lado estaba el cuadrúpedo gris Elborak, cuyo galope era mas vivo que el relámpago. El ángel echó á volar, y Mahoma le siguió en la famosa yegua. Llegaron á Jerusalem, donde Mahoma halló á Abraham, á Moisés y á Jesus; los saludó, los llamó sus hermanos, y oró con ellos. Desde allí se remontaron ambos viageros á los cielos: setenta mil ángeles estaban entonando alabanzas á Dios, el cual ordenó á Mahoma las oraciones que había de hacer cada día; de

cinquenta que le prescribió diarias, fué rebajando á ruegos de Mahoma hasta cinco, que son las que manda el Coran. Después de haber recibido las órdenes de Dios, volvió Mahoma á montar en su veloz yegua Elborak, y regresó á la tierra. Por este orden se contaban de él mil ridículas visiones y maravillas.

A pesar del entusiasmo que el impostor supo inspirar á sus adeptos, hubo ocasiones en que sus escándalos estuvieron á punto de hacerle perder toda su autoridad. La ley de su mismo Coran no permitía á los musulmanes tener mas de cuatro mugeres. Mahoma, luego que murió su primera esposa Cádiya, pasando por encima de su propia ley, tuvo doce á un tiempo, y se jactaba de ello. Hizo mas; llevó á su lecho á Zainab, estando casada con Zaid, lo cual produjo entre los árabes gravísimo escándalo. «Dios (decía) ha dado á los hombres dos cosas buenas, los perfumes y las mugeres.» A pesar de todo, tuvo astucia y maña para acallar todas las murmuraciones, y logró que la misma Zainab fuese reconocida y saludada por muger legitima del Profeta. La mayor prueba del ascendiente y prestigio que Mahoma alcanzó sobre los árabes, fué haber conseguido hacerlos renunciar al uso del vino.

Cuando examinemos el Coran, juzgaremos del mérito de Mahoma como legislador, y como reformador religioso.

aclimatarse en la España cristiana por espacio de ocho siglos? Veamos como se verificó tan grande é impensado suceso.

Muerto Mahoma sin sucesion, fué nombrado gefe de los creyentes su discípulo Abubekr, el cual levantó el pendon de la guerra en Medina, dispuesto á propagar con las armas la fé del Profeta por todas las naciones. Los moradores de las ciudades y los pastores de las praderas del Yemen y del Hejaz, todos acudieron entusiasmados, y vióse en poco tiempo la ciudad de Medina inundada de una muchedumbre inmensa de voluntarios, desarmados, descalzos y medio desnudos, de flacos y denegridos rostros, pero llenos de fé y de entusiasmo, pidiendo lanzas y cimarras con que seguir al Califa ⁽¹⁾ y ayudarle en su santa empresa. Abubekr convirtió aquel entusiasmo en un verdadero vértigo ó frenesí, prometiendo á aquellos hombres la posesion del paraiso en premio de la muerte que recibieran en el campo de batalla, peleando por la santa causa de Dios y del Profeta. «Habitareis, les dijo, oh creyentes, anchos y fresquísimos verjeles, plantados en un suelo de plata y perlas, y variados con colinas de ámbar y esmeralda. «El trono del Altísimo cobija aquella mansion de delicias, en la cual sereis amigos de los ángeles y conversaréis con el Profeta mismo. El aire que alli se

(1) Vicario.

«respira es una especie de bálsamo formado con el aroma del arrayan, del jazmin y del azahar, y con la esencia de otras flores. Frutas blancas y de jugo delicioso penden de los árboles, cuyas hojas y ramas son una labor de menuda filigrana. Las aguas murmuran entre márgenes de metal bruñido.... Allí está la *tuba*, ó el árbol de la felicidad, que plantado en los jardines del Profeta, estiende una de sus ramas hácia la mansion de cada musulman, cargado de sabrosas frutas que vienen á tocar los labios de los que las apetecen. Cada uno de los creyentes será dueño de alcázares de oro, y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: sus miradas mas agradables que el iris, no se fijarán sino en vosotros: aquellas huries nunca se marchitarán, y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento y tan dulce el fuego de sus labios, que si Dios permitiera que apareciese la menos hermosa en la region de las estrellas durante la noche, su resplandor, mas agradable que el de la aurora, inundaría al mundo entero. El menor de los creyentes tendrá una morada aparte, con setenta y dos mugeres y ochenta mil servidores.... Su oido será regalado con el canto de Israfil, que entre todas las criaturas de Dios es el que tiene la voz mas dulce; y campanas de plata pendientes de los árboles, movidas por la suave brisa que saldrá del trono de Allah, entonarán con una melodía divina las alabanzas del Se-

ñor. La cimitarra es la llave del paraíso: una noche de centinela es mas provechosa que la oracion de dos meses: el que perezca en el campo de batalla será elevado al cielo en alas de los ángeles; la sangre que derramen sus venas se convertirá en púrpura, y el color que exhalen sus heridas se difundirá como el del almizcle. Pero ¡ay del incrédulo que vacile, que no abrigue en su pecho la verdadera fé, y que desmaye por miedo á los peligros y á las fatigas! No hay palabras para deciros los martirios que sufrirá por los siglos de los siglos en las hogueras del infierno. Marchad á proclamar por el mundo: *No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su profeta* (1).»

¿Cómo con tan vivas y halagüeñas imágenes no habian de foguearse los ánimos ya exaltados de aquellos hijos del desierto y las vivas imaginaciones de aquellos fanáticos, ya de por sí propensas á dejarse arrastrar de lo maravilloso? ¿Qué no acometerian aquellos pobres y desnudos soldados de la fé á trueque de ganar el paraíso? ¿Qué peligros no arrostrarian, qué brechas no asaltarían, que temor podría infundirles la muerte, cuando en pos de ella les esperaba una mansion de tantas delicias, una embriaguez de bienaventuranza?

Despues de esto el califa dió el mando general de

(1) En el Coran se hallan estas y otras descripciones de las bellezas y encantos del paraíso, tan propias para halagar el sensualismo oriental, especialmente en las *suras* ó capitulos 18, 25, 28, 38 y 56.

las tropas que habian de ir á conquistar la Siria á Yezid ben Abi Sofian: hizo una corta oracion á Dios para que auxiliase á los suyos, y dirigiéndose á Yezid, escuchando todos con el mas profundo silencio: «Yezid, «le dijo en alta y sonora voz, á tus cuidados confio la «ejecucion de esta santa guerra: á tí te encomiendo el «mando y direccion de nuestro ejército: ni le tiranices ni «le trates con dureza ni altivez: mira que todos son «musulmanes: no olvides que te acompañan caudillos «prudentes y bravos; consúltales cuando se ofrezca; no «presumas demasiado de tu opinion, aprovecha sus «consejos, y cuida de obrar siempre sin precipitacion, «sin temeridad, con reflexion y prudencia; sé justo con «todos, porque el que no ama la equidad y la justicia, «no prosperará.»

En seguida, dirigiéndose á las tropas, les habló de esta suerte: «Cuando encontréis á vuestros ene- «migos en las batallas, portáos como buenos musul- «manes, y mostráos dignos descendientes de Ismael; «en el orden y disposicion de los ejércitos y en las li- «des, seguid vuestros estandartes, seguid á vuestros «gefes y obedecedles. Jamás cedáis ni volváis la es- «palda al enemigo; acordaos que combatís por la «causa de Dios; no os muevan otros viles deseos; así «no temais jamás arrojaros á la pelea, y no os asuste «el número de vuestros adversarios. Si Dios os dá la «victoria, no abuseis de ella, ni tiñáis vuestras espa- «das con la sangre de los rendidos, de los niños, de

«las mugeres y de los débiles ancianos. En las inva- «siones y correrías por tierras enemigas, no destru- «yais los árboles, ni corteis las palmeras, ni abatais «los verjeles, ni asoleis sus campos ni sus casas; to- «mad de ellos y de sus ganados lo que os haga falta. «No destruyais nada sin necesidad, ocupad las ciuda- «des y las fortalezas, y arrasad aquellas que puedan «servir de asilo á vuestros enemigos. Tratad con pie- «dad á los abatidos y humildes; Dios usará de la mis- «ma misericordia para con vosotros. Oprimid á los so- «berbios, á los rebeldes, y á los que sean traidores á «vuestras condiciones y convenios. No empleeis ni do- «blez ni falsía en vuestros tratos con los enemigos, y «sed siempre para con ellos fieles, leales y nobles; «cumplid religiosamente vuestras palabras y vuestras «promesas. No turbeis el reposo de los monjes y soli- «tarios, y no destruyais sus moradas; pero tratad con «un rigor á muerte á los enemigos que con las armas «en la mano resistan á las condiciones que nosotros «les impongamos (4).»

Despues de estas arengas, en que se revela el ge- nio musulmico, y el carácter á la vez pontifical, mili- tar y político de los califas, que desde la Meca y Me- dina dirigian las conquistas y los ejércitos, ordenó

(4) Conde, Historia de la Domi- nacion de los árabes en España, part. I. cap. 3. A ser ciertas estas arengas, probarian verdadera- mente una ilustracion y un espiri- tu de humanidad y de templanza, que seria de desear en muchos caudillos militares de los pueblos civilizados y de los siglos moder- nos. Por lo menos descubren no poca politica de parte de aquellos conquistadores.

Abubekr que la mitad de sus tropas marchase á la Siria, y la otra mitad al mando de Khaled ben Walid hácia los confines de la Persia. ¿Quién será capaz de detener estos torrentes, que se creen impulsados por la mano de Dios, ni qué imperio podrá resistir al soplo del huracan del desierto? Las ciudades de la Siria se rinden á la impetuosidad de los ejércitos musulmanes: Bostra, Tadmor, Damasco, dan entrada á los sectarios y á los estandartes del Profeta. Si alguno recibe la muerte, su gefe le señala el camino del paraíso, y una sonrisa de anticipada felicidad acompaña su último suspiro. Khaled, el mas intrépido de los ginetes árabes, llamado *la Espada de Dios*, lleva delante de sí el terror, y no encuentra quien resista el impulso de su brazo. La Persia sucumbe á la energía religiosa de los hijos de Ismael. Abubekr muere, y le sucede Omar. Bajo Omar el torrente se dirige hácia el Egipto; la enseña musulímica tremola en los muros de Alejandría y de Menfis; los árabes del desierto reposan á la sombra de las pirámides. Pero estos soldados misioneros no pueden detenerse: un soplo que parece venir de Dios los empuja, los hace arrastrar tras sí á sus gefes mas bien que ser regidos por ellos: el verdadero gefe que los manda es el fanatismo; es Dios, dicen ellos, el que da impulso á nuestros brazos, y el que afila el corte de nuestras espadas; es el Profeta el que nos lleva por la mano á la victoria; si morimos, gozaremos mas pronto de Dios y del

paraíso, hablaremos con el Profeta, y nos acariciarán las huries que no envejecen nunca. ¿Quién puede vencer á un ejército que pelea con esta fé?

Del Egipto el torrente se desborda de nuevo. ¿Qué dique podrá oponerle el Africa, devastada por los vándalos, sometida por Belisario, y arruinada y empobrecida por la tiranía de los emperadores griegos? Desde las llanuras de Egipto hasta Ceuta y Tánger, desde el Nilo hasta el Atlántico, había una línea de poblaciones, poderosas y florecientes en otro tiempo, yermas y pobres ahora. Berenice, la ciudad de las Hespérides; Cirene, la antigua rival de Cartago; Cartago, la ciudad de Anibal y de Escipion; Utica é Hipona, las ciudades de Caton y de San Agustín, todas las poblaciones de las dos Mauritánias, teatro sucesivo de las conquistas de los cartagineses, de los romanos, de los vándalos, de los godos y de los griegos, se someten á las armas de ese pueblo nuevo, poco antes ó desconocido ó despreciado. Solo los moros agrestes, aquellas hordas salvages que, ó bien apacentaban ganados en las llanuras siendo el azote de los aduares agrícolas, ó bien vivian entre sierras y breñas disputando sus pieles á las fieras de los bosques, fueron los que opusieron á los árabes invasores una resistencia ruda y porfiada. Pero la política, la astucia y la perseverancia de los agarenos triunfaron al fin de todos los esfuerzos de los berberiscos. En medio del desierto y á unas treinta leguas de Cartago